

Las políticas culturales de familia en la segunda modernidad

Fernando Vidal Fernández*

La familia está cada vez más en el centro de las deliberaciones sobre el destino de la civilización humana. Las tendencias socioculturales que han remodelado la modernidad la empujan al centro de la esfera pública en donde la familia ha de convertirse en un activo civil y cultural de primera magnitud.

La modernidad, tras la crisis integral de la década de los setenta, se ha remodelado para abrir un ciclo de profundización de su proyecto histórico. Dicha revolución afectó a la familia de un modo profundo. La crisis integral afectó:

- a lo económico (con una crisis financiera de descenso de los márgenes de plusvalía que llevó a inversiones arriesgadas que arrastraron la viabilidad de la capitalización del sistema, procesos que catalizó la crisis del petróleo).
- a lo político (desde las revueltas del mayo del 68 hasta la quiebra de la conciencia americana por la Guerra de Vietnam, junto con las agudizadas contradicciones Norte/Sur, invalidaron las virtudes de un modelo de democracia que a su vez se encontró sin competencia por el previsible hundimiento del comunismo y se encontró con el fracaso de la generalización de la educación como instrumento de igualación de clase).

** Profesor de Sociología en la Universidad P. de Comillas y miembro del consejo de Dirección de IGLESIA VIVA.*

- a lo cultural (el avance de la postmodernidad invalidaba la validez absoluta de los modelos de verdad de la Ilustración y la sospecha frente a los logros de la técnica y ciencia eran cuestionados por el pánico nuclear y la destrucción medioambiental por los efectos nocivos de la industria).
- y, finalmente, a lo social. En el ámbito de lo social, la principal disolución se cebó sobre las formas familiares vigentes hasta el momento, es decir, el modelo de familia nuclear. La *revolución sexual* desatornilló los roles tradicionales de la conyugalidad; el matrimonio convivencial o social minó el monopolio conyugal del matrimonio civil y canónico; la rebelión de los jóvenes les hizo presentarse por primera vez como un sujeto histórico que introdujo la lucha de generaciones; los métodos anticonceptivos lograron liberar sexualidad y reproducción; el Estado de Bienestar disolvió las comunidades de necesidad que unían a distintos parientes; los Derechos del Niño lo reconocían como un sujeto soberano autónomo; y, sobre todo, la coronación de la revolución feminista hirió de muerte al patriarcalismo.

1. Las políticas industriales de familia

La sociedad industrial de clases se había comprometido con un modelo de familia que cumplía una función de sujeción de la vida privada del sujeto toda vez que la vida pública discurría por instituciones con sus propios mecanismos de control. El control se ejercía en la sociedad industrial por el encuadre clasista por el cual los papeles sociales de los individuos y sus familias se vertebraban principalmente por su posición en el modo de producción. El desarrollo de subculturas de clase ajustadas a las condiciones de vida de los individuos facilitaba tanto la especialización de los estilos de vida como la articulación de un sistema de dependencias entre las clases, bien a través de un engranaje de oposición (como es el caso de la subcultura noble o bienpensante y la subcultura obrera tal como las describe Pierre Bourdieu en *La distinción* de 1979), bien por una referencia trascendental al modelo máximo (tal es la relación seductora entre el consumo de serie o masivo y el consumo de élite, según Jean Baudrillard en *El sistema de los objetos*, de 1968).

El control social se ejercía por una permanente afirmación sustancial de los papeles sociales que sancionaba negativamente a los desviados y premiaba a los practicantes. Los desórdenes económico-políticos de las últimas y primeras décadas de los siglos XIX y XX, respectivamente, tuvieron una de sus causas estructurales en la urbanización provocada por el desplazamiento masivo de mano

de obra rural a las ciudades. De esa manera se gestó un sujeto histórico de pautas culturales post-rurales que no siguió la lenta adaptación al nuevo dominio burgués que habían transitado sus antecesores en ese camino de migración. Las crónicas de la época nos dibujan un mundo tenso por el desencuadre moral de la clase obrera, lo cual ayudaba a reforzar las corrientes contestatarias contra la cultura burguesa capitalista. Limitar al sujeto en sus movimientos privados, incluso en aquellos más íntimos, era un objetivo estratégico si se quería mantener el sistema de control por círculos concéntricos a través del cual existía una función de dependencia proporcional directa entre el control en los círculos más reservados y el control de los circuitos más estructurales, globales y abstractos. Un tipo de control social que prescribía positiva o afirmativamente todas y cada una de las posibilidades que se le presentaban al individuo.

Los sociólogos conservadores franceses De Maistre o Le Play muestran expresivamente en qué medida el control social, la sostenibilidad del sistema social, dependía de que existiera una coherencia entre los contenidos morales de la vida microsocial y los contenidos macrosociales. Parece que todo el sistema de autoridad fuera un cono invertido con el vértice pendiente del curso de la vida moral de cada individuo mismo. Sólo una moral familiar estricta tenía el poder suficiente para ejercer un control tal de los sujetos.

La familia constituía el modelo de toda institución, por ofrecer un sistema de autoridad paterna y de legitimación de su existencia por referencia al orden natural

Pero además la familia constituía el metamodelo de toda institución tanto por su modelo de autoridad (patriarcal y basada en oposiciones mayor/joven y varón/mujer) como de legitimidad de la propia existencia de la institución, radicalmente naturalizada en el sentido común de su tiempo. Fenómenos como la PATRia, el PATRimonio, la PATRonal, los PATRonatos, las Fraternidades o las AFI-LIaciones dan cuenta de ese origen en un metamodelo familiar como modo de control social de toda la geografía convencional de corporaciones de la sociedad moderna industrial.

La familia nuclear era muy funcional al modo de desarrollo industrial, como es conocido que señaló Talcott Parsons. Si el factor crítico de productividad del modo de desarrollo industrial era la optimización de las patentes de explotación de nuevas o viejas fuentes de energía y su aplicación intensiva a todos los órdenes de producción, es comprensible que el factor de propiedad monopólica de las patentes fuera la corona del triunfo. Efectivamente, la

propiedad y la continuidad eran los principales factores críticos de la productividad, lo cual significaba que las claves estaban en la fidelización del personal (que poseía las claves de explotación de determinados productos, mercados u organizaciones, y por tanto la antigüedad era un factor acumulable de valor), la posesión de patentes o la consolidación de culturas organizacionales. La estabilización del personal era tan principal que era necesario asentar lo más posible al empleado a través de contratos fijos, creación de comunidades laborales densas (la empresa como una familia, atendiendo a aquel metamodelo familiar, gobernada por la patronal) e incentivación de la familia. Ser una persona familiar o ser un padre de familia se convertía en garante de una serie de variables que vemos exacerbadas como método de control en la novela de John Grisham *La tapadera* (Planeta, Barcelona, 1993). La familia nuclear constituía la mínima estructura familiar que garantizaba un cauce convencional de la conyugalidad y la filiación y liberaba de otras cargas familiares que las organizaciones económicas tuviesen que ayudar a sostener.

Así pues, la familia, institución flexible y versátil donde las haya, es muy dependiente del resto de componentes sociales, culturales, políticos y económicos. Pero especialmente ha dependido, hasta el momento, de lo económico. En el modo de desarrollo industrial vemos cómo se buscaba la estabilidad de los recursos (materiales, humanos y financieros) y del orden social, lo que influía en el sustento del mínimo modo familiar estable centrado alrededor del trabajador, normalmente el padre de familia. Antes, la economía agraria había defendido familias extensas con numerosas manos para trabajar y la defensa del matrimonio como forma legítima de aumentar el censo laboral o militar de un hogar.

La sociedad industrial de clases hacía defensa estructural de lo familiar y particularmente de un tipo de familia que se correspondiera con un modelo cultural (de creencias, valores, sentimientos y prácticas articulados todos ellos en un sentido común) afín al imaginario gobernado por los intereses dominantes.

Siendo esto cierto, no sería acertado concluir que la familia es un invento industrial o agrario sino que la cultura burguesa hace suya, modela y modula aunadamente a través de todas sus corporaciones, el hecho familiar. La potencia cultural de lo familiar es fijada y encauzada hacia una determinada defensa del sistema. Pero la potencia de lo familiar también intenta ser canalizado en otras direcciones y así movimientos insurgentes harán suyos fenómenos como la afiliación, la maternidad o la fraternidad. Lo fami-

liar corre fluidamente en todas aquellas direcciones a que se dirige la acción y creatividad humana, aunque es cierto que aun siendo una comunidad tan primaria, ha sido cuerpo pasivo sobre el que han operado las grandes corporaciones industriales más que un actor civil a excepción de situaciones de alta represión como son la ocupación, la migración, las hambrunas o la delincuencia, momentos en los que la familia aparece como la principal red social de actividad civil. También en los ámbitos altoburgueses la familia, las dinastías, operan bajo esas condiciones de alta presión social pero en un sentido inverso, protegiendo la propiedad a través de alianzas patrimoniales que logren la victoria en la alta competitividad por acceder a las élites.

En el destino de dichas orientaciones sobre el hecho familiar ha tenido una importancia decisiva las estrategias de las instituciones y movimientos implicados. La Iglesia ha sido un actor principal en esa orientación; también los viejos conjuntos de élites financieras y políticas, con quienes la Iglesia comprometió un pacto histórico secular en gran parte todavía vigente en las sociedades occidentales. El movimiento obrero trabajó en la dirección del fortalecimiento de lo familiar cuando estuvo bajo condiciones de represión y tenía que servirse de las redes parentales para el sostenimiento y despliegue de su actividad, a la vez que entendió que el dominio de la familia nuclear burguesa no se ajustaba a sus experiencias ni intereses cotidianos.

La familia, institución flexible y versátil, es muy dependiente del resto de componentes sociales, culturales, políticos y económicos

Las políticas de familia, mientras ha estado vigente la sociedad industrial, han ido dirigidas a los intereses generales de modelación nuclear y modulación de las pautas reproductivas. Principalmente las políticas han buscado el control conceptual de lo familiar y su mayor o menor extensión. A la vez redujo el potencial creativo de lo familiar restándole todas aquellas competencias que no se dirigieran a la estabilización sentimental y existencial del trabajador y así la familia no fue promovida como agencia educativa, económica, consuntiva o asociativa. La modelación del Estado de Bienestar como suministrador y administrador de recursos ha supuesto la mejora de los estándares materiales de vida a la vez que ha consagrado el control social al restar el potencial de protagonismo a las agencias primarias como familia, vecinos, amigos o socios. La familia fue modelada y especializada en la sujeción del trabajador y la producción de nuevos trabajadores. Prácticamente todas las políticas de familia se dirigieron a este fin.

2. Las políticas postmodernas de familia

¿Qué ocurre en la crisis de la modernidad? Hay dos crisis de la modernidad. Una primera crisis de permanente cuestionamiento desde el pensamiento postkantiano que ha ido fraguando en las críticas contrailustradas o contra el progreso y el desarrollo burgués o comunista; y otro cuestionamiento irracionalista que ha descollado en las múltiples formulaciones desde el surrealismo-dadaísmo hasta los fascismos. Pero hubo un momento especial de cuestionamiento general, donde el antimodernismo, tras la quiebra del 68, cuajó parcialmente en cultura alternativa: el postmodernismo.

El postmodernismo supone un cuarto de siglo en el que cambia el espíritu del ciudadano hacia el escepticismo y la indiferencia, lo cual en parte es un buen disolvente de las ideologías autoritarias pero también imposibilita la generación de proyectos históricos que pretendan la validez aunque sea irónica de la población. Son más bien tiempos de disolución (en el sentido de Maffesoli, se pasaría a un orden tribal de continua disolución), *deconstrucción* (el gran tópico postmodernista fijado por Derrida), postmaterialismo-post-materialidad¹ y des-diferenciación (Scott Lash lo fija en su clásico *Sociología del posmodernismo*), pero también de facticidad (afirmación de lo existente desde su mero

Las políticas postmodernas de familia ponen en suspenso (o más bien *en sospecha*) la virtud de lo familiar como cómplice del aparato de autoridad moderna

hecho de presencia y no de validación cultural), autoafirmatividad (Gilles Lipovetsky en *La era del vacío*, firma su estudio del narcisismo emparentado con el nosismo de Primo-Levi) y constructivismo de la legitimidad (de lo verdadero a fin de cuentas, como en las doctrinas del consenso). Uno de los frutos del postmodernismo ha sido el imaginario neoliberal, paradigma por excelencia de la facticidad y la posthistoricidad (el famoso *fin de la Historia*).

La familia se desustancia en estos tiempos de modo que pierde trascendencia, continuidad y pierden validez o incluso son estigmatizadas las formas tradicionales de familia. La familia se licua en todas las formas antojables y también es licuable por cualquier institución que tenga la fuerza para hacerlo.

A la vez, la sociedad postmoderna permite con su relajación, no sólo la consolidación de las instituciones en virtud del puro poder que ejercen, así como la emergencia de distintos perfiles de suje-

¹ En el sentido de posthistoricidad, más allá de lo que expone David Harvey (1990) en *La condición de la posmodernidad* (Ammorrtu, Buenos Aires, 1998).

tos que logran hacer un acto de afirmación: los sujetos étnicos, los sujetos de género (mujeres, homosexuales), los sujetos genésicos (niños, jóvenes, mayores), los sujetos del futuro (próximas generaciones) y algunos no logran dicho reconocimiento (los sujetos nonatos). El acto de afirmación no viene del reconocimiento de la mujer, los niños, las etnias, etcétera, sino de su Empoderamiento. Especialmente el Empoderamiento de los perfiles de personas que conviven en la familia: niños, mujeres, jóvenes, mayores, ha tenido un papel decisivo en la reconfiguración de su papel dentro de la institución y ha profundizado el cuestionamiento de la institución, ya que a la barrena institucional del fenómeno familiar se suma una nueva base de reivindicación que abandona la vieja comunidad y por tanto las estrategias de resistencia al declive de las fórmulas antiguas, y busca un nuevo cuadro familiar que todavía no encuentra. Es claro en el caso de los papeles paternos: el patriarcalismo declina al tiempo que ninguno de los actores de la familia lo defiende ni reclama sino que deriva en busca del nuevo papel del padre. Mientras qué es ser madre parece claro, qué es ser padre parece no corresponderse con la función lacaniana de limitación ni parece nada claro qué es: para nadie excepto para los propios hijos que saben perfectamente qué significa su padre para ellos.

Las políticas postmodernas de familia ponen en suspenso (o más bien *en sospecha*) la virtud de lo familiar como cómplice del aparato de autoridad moderna, incluso más que al resto por ser el más antiguo y profundo en su troquelado, y sus políticas se corresponden con estrategias de empoderamiento individualista de los sujetos para que ganen mayor autonomía de su familia. Las políticas postmodernas de familia son políticas de emancipación descomunitarizadas, que han cumplido una función de inyección de recursos que ha resultado crucial pero que a su vez han desempoderado a las comunidades.

La familia entró en una barrena postmoderna que en parte ha frenado la segunda modernidad y en parte ha agravado.

3. Las condiciones tardomodernas de familia

¿Qué es lo que ocurre en la modernidad tardía o segunda modernidad? La segunda modernidad comienza entre el final de los años ochenta y la primera mitad de los años noventa por la convergencia de tres procesos entrelazados: una progresiva conciencia de la sociedad de riesgo (en 1984 fue el desastre de Bhopal y en 1986 el cuarto reactor de Chernobyl salió fuera de control, lo cual supuso la confirmación de gran parte de la doctrina ecologis-

ta que emergió de los años sesenta), una progresiva reflexividad acompañada por un proceso histórico de individuación y de desplome de la autoridad de las instituciones (muy ligado al fin del imaginario de la cultura política occidental, catalizado por la caída del Muro de Berlín en 1989 y el genocidio de Rwanda en 1994), y en tercer lugar un creciente informacionalismo global (que puede tener su fecha simbólica en 1990, cuando se crea el protocolo html y sobre todo la World Wide Web: en 1992 había todavía sólo 50 webs hábiles). Pero quizás el icono de la segunda modernidad venga impuesto por el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York en 2001, donde se cataliza un proceso reactivo que no hace sino confirmar la profundidad del cambio consumido tras el post-modernismo.

La segunda modernidad es la profundización de un modelo social de mayores riesgos pilotado por un sujeto más individuado y reflexivo que aplica los principios productivos y legitimadores del informacionalismo. Esta definición implica los tres componentes:

- Sociedad de riesgo (fijado por Beck pero que va más allá de su planteamiento): vivimos en una sociedad más capaz a base de asumir mayores opciones de cambio cada vez más improbables pero más probables. Las fuentes del riesgo son tres:
 - Una dominación cada vez más basada en la improbabilidad de que la gente quiera probar las mayores posibilidades reales de cambio que se permitirían y por tanto reduce a cero su actividad crítica. Es decir, una sociedad en la que la dominación se mantiene gracias a un juego de estandarización de las conductas políticas.
 - En dicha dominación probabilística (que profundiza la dominación por seducción maternal de la que hablara Baudrillard en 1968) juega un papel importante la inversión micro-macro: una progresiva monarquización macrosocial (elevación de la escala de las agencias económicas, políticas y mediáticas e integración de las mismas en un solo complejo financiero-político bajo el régimen de imperio) se facilita por una diversificación microsociales. Mientras nuestro tiempo vive volcado a la creación crecientemente diversificada de estilos de vida (cuya significatividad está en la diferenciación estética), se vive la mayor concentración macrosocial de la Historia. Se permite una profusión libérrima de derivaciones microsociales para sustraer de la imaginación lo macrosocial.

- Un sistema de plusvalía que avanza a mayores cotas de potencia por una complejidad que logra dependiendo progresivamente de cada vez menos factores.
- Un sistema de sociabilidad cada vez más abstracto y terciario (los sujetos no tienen reconocimiento del prójimo sino que se relacionan a través de sistemas abstractos de interacción) que diluye la responsabilidad, apelación y deliberación sobre los procesos.

Estos tres procesos se profundizan y logran mayor alcance productivo o amenazante por la globalización.

- Reflexividad (noción popularizada por Giddens): como movimiento reflejo de la primera modernidad (esta idea de lo reflejo, sin embargo, está más implantada por Beck), la sociedad llega a la invalidación de las agencias tradicionales y convencionales como fuentes de prescripción de las identidades individuales o grupales.

La segunda modernidad consiste en arriesgarse hacia un modelo social centrado en un sujeto más individuado, reflexivo e informacionalizado

Sujetos y grupos interiorizan las fuentes narrativas de su identidad cultural (el imaginario narrado que relata creencias, valores, sentimientos y prácticas en un sentido) de modo que la autoridad que les apela no tiene carácter prescriptivo sino meramente informativo o, como mucho, significativo.

- El concepto de reflexividad va ligado a la individuación, proceso que da nombre al fenómeno de declive de la autoridad de los vínculos sociables sobre la vida de la persona.
- Sobre ese hecho de la individuación se eleva la idea de la descapitalización social (cada vez menor densidad de instituciones secundarias en el mundo de la sociabilidad como lo vecinal o lo amical y la sociedad civil²) y la secundarización del mercado (tesis que sostiene que los trabajadores ven particularizadas y especializadas sus relaciones contractuales con el contratador a la vez que se les hace entrar en un circuito de alta rotación en empleos que exigen cada vez menor cualificación); sendos procesos que nos hablan de la terciarización de las relaciones sociales: cada vez formamos menos comunidades (civiles, laborales y sociables) y más redes en las que los vínculos son cada vez más

² Tesis argumentada prolíficamente por Putnam, 2000: *Solo en la bolera*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002

secundarios (en el sentido de Cooley: más basados en el rol, puntuales, temáticos y afectivamente desimplicados), las relaciones primarias forman un grupo más estrecho y las relaciones secundarias articulan cada vez más nuestra vida (medios de comunicación, consumo, ocio, etcétera).

- Esto lleva al ascenso de un nuevo modo de masa que podríamos denominar masas individuadas, lo cual recoge la aparente contradicción de que la gente tiene un comportamiento estandarizado y colectivizado (a través del aparato de poder, cada vez más monárquico, invisible y globalizado) desde la soledad frente al televisor. Peter Sloterdijk (2000: *El desprecio de las masas*, Pre-textos, Valencia, 2002) parece decirnos que el paradigma de hombre tardomoderno es el hombre que vive solo (*single*) masificado a través de las nuevas tecnologías de la información y comunicación (*net-man*).
- El informacionalismo (concepto fijado ampliamente por Castells) sostiene que el nuevo modo de desarrollo (la nueva fuente de la productividad del modo de producción capitalista) es la optimización de los procedimientos de captar, tratar y aplicar la información. Por nuestra parte propondríamos extenderlo al modo de legitimación (la nueva fuente de legitimidad del régimen político democrático) diciendo que es, igualmente, la optimización de los procedimientos de captar, tratar y aplicar la información. Lo que en el fondo quiere decir, aplicado al campo de la familia es que el progreso de lo familiar necesita buscar mejor lo significativo (información, conocimiento y sabiduría), darle un mejor tratamiento (sacarle más posibilidades discerniéndolo más o deliberándolo más entre todos) y aplicarlo también mejor (afectando más, adaptándolo mejor, haciéndolo más propio).
- Especialmente importante para Castells es la transformación de las organizaciones que supone el informacionalismo: las hace más fluidas y por tanto introduce el principio de flexibilidad hasta la médula de las empresas concibiéndolas como sistemas abiertos y fluidos de competencia abierta (todos los nódulos creativos están disponibles para ser intercambiados y mejorados por todos los agentes de la sociedad global en la confianza de que finalmente redundará en una mayor creatividad para la institución que se abre).

¿Cómo están afectando estas tres tendencias de segunda modernidad al fenómeno de la familia? Aquí llegamos al enunciado del comienzo del artículo: la familia está cada vez más en el cen-

tro de las deliberaciones sobre el destino de la civilización humana. Las tendencias socioculturales que han remodelado la modernidad la empujan al centro de la esfera pública en donde la familia ha de convertirse en un activo civil y cultural de primera magnitud.

Efectivamente, la familia no sólo se ve profundamente afectada por la segunda modernidad sino que es de las instituciones más importantes en las contradicciones que suscita la segunda modernidad. ¿Cómo se ve alterada?

La familia tardomoderna se ve afectada principalmente por trece cuestiones³:

- a. La familia se ve avocada y desbocada a decisiones más cruciales y extremas sobre su propia estructura: la ruptura del tabú de la heterosexualidad es el principal reto, pero no lo son menos la creación de derechos secundarios de ámbito municipal o autonómico⁴ para acoger a las parejas sociales (que de este modo ven imposibilitada la fórmula de la conyugalidad libertaria en la que la autoridad pública no podía actuar: hoy en día sería necesario un supercontrato blindado notarialmente para poder constituir una pareja libertaria y aun así un juez podría impugnarlo fácilmente) o el debilitamiento de los derechos y deberes entre parientes de segundo rango.
- b. Del mismo modo, la familia, si quiere navegar con dirección propia en la segunda modernidad, debe superar la complejidad del sistema y por tanto asumir riesgos al depender más de las categorías primordiales de la familia: conyugalidad, filiación y fraternidad.
- c. El juego micro-macro introduce el hecho familiar dentro del ámbito micro sometiéndola a una deriva de variabilidad que puede tener más de estético que de fórmulas integralmente humanas que vertebran todas las dimensiones del sujeto. La familia es un puzzle manejado por niños que intrascendente e

La familia tradicional se está disolviendo. Su ámbito se reduce. Cada vez está más nuclearizada

3 Algunas de estas cuestiones las he desarrollado más ampliamente en el artículo que publiqué en la revista *Sal Terrae* (nº. 1067, 2003) con el título "El devenir de la familia; una comunidad contracultural, reflexiva y plural".

4 Es un tema largo y polémico, pero entiendo que la mejor opción hubiera sido la creación de un "matrimonio europeo" de legislación continental y una ley de convivencialidad o la dene-gación de fórmulas jurídicas de matrimonio fuera del derecho estatal, ya que la actual deriva tiene efectos muy negativos para la vulnerabilidad de mujeres y menores en los procesos de ruptura conyugal al encuadrarse en un marco de garantías que no ha tenido el tiempo de consolidar una doctrina similar al secular derecho matrimonial.

irresponsablemente juegan con él, con un bajo nivel de reflexión y una impericia creciente en el manejo de relaciones y comunidades sociales.

- d. Es más, una influencia económica, menos evidenciada que la incompatibilidad horaria pero más penetrante, procede de la cultura económica de consumo que es uno de los medios más potentes de individuación. La cultura económica consumista hace que lo familiar sea contracultural. La construcción consumista del imaginario social hace soluble a la familia. La familia tradicional se está disolviendo. Su ámbito se reduce, cada vez está más nuclearizada. Su estructura se altera, las relaciones de alianza, filiación y consanguinidad se modifican. La familia, dicen incluso algunos predictores, está cada vez menos conectada con el orden social y ya no es la célula fundamental porque al individualismo del capitalismo de producción y acumulación (y la familia es, entre otras cosas, un dispositivo productor de individuos) se opone el grupalismo del capitalismo de consumo: al individuo como sujeto de la producción sucede el grupo como objeto de consumo. Como dijo Jesús Ibáñez, la publicidad no nos habla de los productos sino que nos muestra el grupo de consumidores donde debemos disolvernarnos a través de la comunión del objeto-fetiché; es decir, al comprar un producto de marca no es el objeto el mercado sino que nosotros somos marcados como miembros del grupo de consumidores. Porque en el modo capitalista laboral el individuo era el sujeto de producción, pero en el modo capitalista consumista el grupo es el objeto de producción: el producto es el mismo grupo, no el objeto. La desestructuración de las relaciones familiares por el capitalismo de consumo es coherente y funcional con el desarrollo de ese sistema porque si no es necesario que haya individuos entonces no es necesaria la familia o incluso puede ser un obstáculo al resistir con identidades grupales alternativas.
- e. La individuación genera una situación ambivalente: los sujetos se empoderan más en la familia, es más una sociatura comunitaria que una organización funcional, aunque la familia nunca pierde su carácter de organización (en el sentido funcional de Amos Hawley) de diferencias al menos por la filiación (el matrimonio entre homosexuales desdiferencia la relación conyugal, lo cual ya estaba presente en la tercera categoría: la fraternidad). Pero a la vez los sujetos se desvinculan más, se hacen más reflexivos y aíslan más sus vidas:

un fenómeno de nuevo cuño que va haciéndose notar es el aislamiento doméstico de los niños en sus habitaciones en donde pasan el día y noche con sus artilugios electrónicos (video, audio, web), meriendan y cenan (el que podríamos denominar *rooming*).

- f. En efecto, el principal problema de la teoría de la reflexividad es la autoridad en la crianza en particular y la filiación en general. La desaparición de la autoridad (además de ser muy cuestionable desde el punto de la autoridad de las víctimas, por ejemplo) mina radicalmente la familia que se ve imposibilitada para un acompañamiento prescriptivo y ve imposibilitada su labor con la mera significatividad. Una reflexividad permisiva genera contra lo imaginable, un mayor autoritarismo al verse la familia obligada bien a una sobreprotección de aquellos que no han podido criar hijos discernientes en cuyo comportamiento autónomo poder confiar, bien a explosivas descargas de violencia para poder manejar situaciones en las que no se ha podido introducir una ley severa de limitación cotidiana.
- g. La reflexividad y la disolución de la autoridad tanto primaria (los prójimos) como secundaria (la de las agencias comunitarias) –no así la autoridad terciaria como la mediática, consuntiva o empresarial, que no cesan sino desaparecen– conllevan a un problema grave que señalaría el mismo Giddens: puede que la mera oferta de posibilidades, aun significativas, sea demasiado poco para que el joven forme siquiera un carácter sólido, cuánto menos un sujeto ciudadano consistente.
- h. La degradación de las habilidades para la vinculación y la menor complejidad de las relaciones (la secundarización tipo Cooley simplifica y estandariza las relaciones interpersonales a redes de roles) conduce a que *el ancho de vinculación* (inversamente *al ancho de cable*, aunque desde luego no por efecto de él) sea menor y los conflictos sean menos manejables rebajando la potencia de procesos como el perdón, la reconciliación, la persistencia, etcétera. Como dice Ignacio García Velasco se exagera la culpabilidad al tiempo que se expulsa al perdón. Las relaciones interpersonales (especialmente la conyugalidad) tienen menor resistencia al desaliento y el fracaso y las soluciones radicales se practican con mayor facilidad. El razonable uso del divorcio avanza, pese al aumento de la práctica de la mediación familiar, hacia una salida poco meditada que tira la toalla en no pocas ocasiones repletas de posibilidades.

- i. La secundarización también deja una huella profunda en la vida familiar al plantear una vida familiar menos imbricada en ámbitos sociables densos y ricos en los que interactuar como familia y no meramente como individuos. La misma familia se torna un proyecto reflexivo en el que cada vez menos las tradiciones tienen un papel determinante y en la que los individuos juegan un papel de doble reflexividad al negociar su posición progresivamente conforme avanzan en edad (pero cada vez más temprano). Ya no nos encontramos familias de linaje sino individuos familiarizados y a la vez se extiende una mentalidad en la que la familia se privatiza radicalmente en el sentido de reconocer menor legitimidad a los poderes públicos para intervenir en el fenómeno familiar. La familia se cierra sobre sí misma en una especie de contraincesto cultural: así como los clanes tribales protohumanos lograron empujar la evolución social gracias a la exogamia, casando a cónyuges de diferentes clanes, pareciera que en este momento la familia viviera una acentuada endogamia cultural por la privatización familista. La familia de destino, la que uno genera, pasará de ser una condición necesaria para la aceptabilidad social, a una elección optativa de estilo de vida. La sociedad futura, si consolida la tendencia actual, considera que la familia de destino es cada vez más una opción de estilo de vida y una cuestión, por tanto, de la vida privada de cada cual.
- j. En general, la desaparición de agencias secundarias afecta también a la insignificancia de la familia como agencia de la esfera pública.
- k. La familia, siempre tan dependiente de los modos de desarrollo económico, ya no es reclamada por las organizaciones informacionales neoliberales gobernadas por la fluidez sino que, por el contrario, la familia es vista como un antifactor de producción al impedir la flexibilidad y movilidad de los trabajadores, así como su explotación sin límites al ampliar sus necesidades y su indisponibilidad de tiempo. Por ello la mujer, mientras continúe priorizando la familia como una dimensión necesaria para su vida, continuará estando marginada si no cambia el modelo de organización laboral.
- l. Ya hemos apuntado que la informacionalización puede no sólo señalar una vía de mejoramiento de la familia sino de búsqueda de las claves más profundas de la sabiduría que reside en las categorías culturales de carácter práctico que la sus-

tentan (conyugalidad, filiación, fraternidad⁵) y sabe tratarlas en una mejor comunidad y aplicarlas de forma que todos los actores de la familia desplieguen todas sus posibilidades.

- m. Finalmente, hay un fenómeno relacionado con el informacionismo y entroncado con el empoderamiento que afecta enormemente a la familia: la diversificación. Presenciamos una complicación desconocida en la Historia por la legítima irrupción de las singularidades en las plazas públicas pidiendo poder dar, en muchos casos, lo mejor de sí. Es un dinamismo que tiene numerosas manifestaciones: la interculturalidad, pluriétnicidad, ecumenismo, derechos de minorías, pluriconfesionalismo, secularización, europeización, globalización, localismos y nacionalismos, pluralización de formas familiares y domésticas, generaciones cada vez más cortas y diferenciadas, igualdad de géneros, creación de nuevas identidades sexuales, las generaciones futuras, la recuperación de la memoria de las generaciones anteriores (como la memoria de los exiliados o las víctimas), la progresiva autonomía reflexiva de los individuos y entidades, el mayor papel de los niños como constructores de su propio proyecto, el progresivo avance del Tercer Sector, etcétera. En todos estos signos hay una pluralización de los sujetos con distintas creatividades y singularidades. La pluralización entendemos que puede jugar a favor de esa deliberación pública sobre la familia. Las diferencias entre sujetos, entre cada individuo y entre formas y culturas familiares, no son un efecto secundario del devenir de nuestra civilización sino un factor creativo de primera magnitud que pone en escena las políticas de identidad (la pregunta por el ser, el sentido histórico y la esperanza del futuro ya que la identidad es la narración alterada del yo) y una demanda de una nueva arquitectura comunitaria que tenga como principio no la tecnocracia y la tolerancia sino la participación y la convivencia, es decir, un regreso del sujeto y de la diferencia. La pluralización se deriva de la libertad para definir la propia familia y también al mayor poder de distintos sujetos para legitimar públicamente su modelo de familia.

La sociedad futura, si continúa la tendencia actual, considerará que la familia de destino es una opción de estilo de vida y una cuestión de la vida privada de cada cual

5 Incluimos todo el tiempo las filiaciones de segundo grado y más (abuelos, nietos, etcétera) y las fraternidades de segundo y más grados (primos, tíos, cuñados, etcétera).

Pero hay una cuestión preliminar a estas nuevas condiciones de la familia en la segunda modernidad y que es conveniente señalar en este momento del artículo: la facticidad postmoderna ha asentado a la familia como una entidad de alto reconocimiento por su persistencia y por el abanico de experiencias básicas y hondas que ofrece al individuo permitiéndole sentir por encima del *simulacro* iconográfico de que se nutre su identidad. La familia aparece a ojos de la sociedad tardomoderna como una de las pocas instituciones que, aunque cuestionada en sus formas, es reconocida como fuente de vinculaciones primordiales. La familia no ha dejado de subir

La familia en la tardomodernidad, aunque cuestionada en sus formas, es de las pocas instituciones que mantiene un alto grado de reconocimiento y confianza pública

en prestigio social a la vez que el resto de instituciones ven desplomarse su confianza pública. ¿Qué quiere decir esto? Que las categorías culturales (prácticas) que forman la conyugalidad, la filiación y la fraternidad son significativas para el individuo de hoy; es más, es de las categorías más significativas. El problema es el grado de ascetismo (sensibilidad) de que dispone para poder acogerlas a fondo y que fecunden su identidad y así la cultura.

La familia no sólo hay que protegerla para que no se vea flexibilizada por el sistema hasta su disolución sino que es una de los principales activos para la recreación social. La segunda modernidad acarrea algunos principios que deberían ser irreversibles (universalidad, ciudadanía, verificación dialogal, democracia y ecologismo⁶), pero el progreso de lo humano creemos que al menos requiere de una corrección a la luz de los cuatro siguientes factores muy demandados desde distintos lugares:

- a. Sostenibilidad (que rebaje los grados de riesgo y ensaye nuevas vías de liberación) que supere el riesgo desarrollista.
- b. Autoridad (que dé voz autorizada a la apelación de los excluidos y nos haga más sensibles a la tradición de la Historia, el patrimonio de sabiduría que transita por la Historia de generación en generación, descubriendo nuevas formas de apelación, acompañamiento y solidaridad que abran las identidades a la alteración por los otros) que supere el solipsismo.
- c. Comunidad (que vincule solidariamente desde la perspectiva de los más vulnerables y excluidos y experimente nuevas fuentes de convivencia) que supere la disolución de lo sociable.

⁶ Lo desarrollo más en "Las transiciones sociales de la segunda modernidad", *Revista Miscelánea Comillas*, nº.119, 2003.

- d. Trascendencia (que explore desde la sabiduría la novedad de los acontecimientos que interpelan al imaginario humano y abra horizontes de búsqueda con un radical sentido de la realidad y un trascendente sentido de la posibilidad) que supere la intrascendencia.

4. Las políticas tardomodernas de familia

¿Cómo son las políticas de familia en la actualidad? Las políticas de familia son una respuesta utilitarista a las necesidades urgentes que vive la crisis del Estado de Bienestar por su solipsismo burocrático, por la OPA de las organizaciones financieras que buscan nuevos mercados cautivos y por los efectos de la segunda modernidad de insolidarización e inconciliación horaria en las comunidades familiares. Así, el Estado de Bienestar se encuentra con un descenso de la natalidad, con cada vez más enfermos crónicos que cuidar, más niños que escolarizar cada vez antes, más personas solas con familia dependiente que no puede sostener y más mayores que demandan atención y residencia suministradas por el Estado. Las principales agencias ideológicas en el ámbito político entienden que las políticas deben ir dirigidas a impactar contra esa pérdida de compatibilidades y competencias familiares que generan una sobredemanda creciente contra las arcas del Estado.

La matriz principalmente económica de la comprensión del papel de la familia en la actualidad por parte de dichas agencias conduce a que las medidas sean principalmente fiscalistas en base a desgravaciones y a ayudas económicas para el sustento en el hogar en forma de subsidios.

Los enfoques incluso en los partidos conservadores en España entienden la familia como objeto de protección. Así, el Partido Popular propone en su programa electoral un plan integral de protección y apoyo a la familia, pero pone como principal medida el tratamiento fiscal en una serie de proyectos específicos. Así todo, se avanza doctrinalmente al incluir medidas innovadoras dirigidas a *aumentar la libertad de las familias para tomar decisiones*, promover la mediación familiar o articular su participación en la configuración de los contenidos televisivos.

En el otro polo, el PSOE ha profundizado el giro que inició a finales de los noventa al reconocer que la familia ha sido un concepto ajeno a su doctrina política. El despliegue de la familia como un tema programático ha sido objeto de especial atención por parte del equipo de Zapatero dando lugar a diversas pro-

puestas que cuajaron en un plan de familia que tuvo que ser acerbamente contestado por el Partido Popular, a quien adelantó en la iniciativa en dicho tema. El programa del PSOE en materia de familia ha llegado a tener tal importancia que el diputado Ramón Jáuregui, responsable de la elaboración de las secciones dedicadas a política social en el programa electoral de 2004, logró articularlas poniendo a la familia en el centro y desplegando las políticas en relación a distintos colectivos: mayores, mujer, menores, etcétera. Ciertamente es que dicho papel de la familia en el discurso de los cuadros del partido ha creado extrañeza y cuesta todavía asumir la familia como un concepto político positivo y operativo. El diario *El País* coincidía con Jáuregui al firmar en su editorial del sábado seis de marzo de 2004 que "La familia es, en cualquier caso, el elemento nuclear de las políticas que afectan a la vida cotidiana". Dicho diario insistía en que entre los programas electorales existe una diferencia que se sustanciaba principalmente en la promoción que unos hacían de las diversas formas

Las políticas de familia vigentes, están todavía ancladas en políticas de emancipación económica y no han llegado a contruir políticas de vida y de creación cultural

familiares y la promoción que otros hacían de un único modelo tradicional de familia. Efectivamente, el programa del PP es un conjunto de medidas destinadas a la protección de la familia a través de medidas fiscales y un hatillo de medidas secundarias que

hacen sospechar que el prometido plan integral tendrá poca imaginación integradora. Es como si el patrimonio cultural de la tradición liberal y católica del Partido Popular no hubiera sido suficientemente liberado para crear una política de familia más amplia y coherente.

El programa del PSOE tiene un preámbulo y dos ejes. El preámbulo consiste en una acusación a la derecha de que quien mejor ha ayudado a las familias ha sido el partido socialista al haber ayudado crucialmente al bienestar de sus miembros más frágiles como los mayores, las mujeres y los niños. En el fondo, el Partido Popular también piensa que la mejor política de familia que ha podido hacer ha sido la creación de empleo. Ninguno hace una crítica de la influencia de sus propias políticas económicas y sobre todo laborales sobre la familia ni ponen remedio a ello más que con programas de conciliación que el Partido Popular ha hecho avanzar emblemáticamente. El primer eje del PSOE es la promoción de las distintas formas familiares que los ciudadanos reclamen incluyendo la modificación del derecho matrimonial para legislar la conyu-

galidad homosexual y avanzar en las fórmulas de matrimonios de hecho. El segundo eje es la extensión de los servicios públicos para atender a las personas dependientes. Los primeros borradores incluían un reconocimiento de que la familia no ha sido hasta ahora parte de la semántica socialista a pesar de que se la ha ayudado muy positivamente, pero prudentemente desapareció en el curso de la elaboración del programa definitivo. El partido socialista ha avanzado mucho en materia de familia, desde su parrilla particular de prioridades (que en mi opinión sobreproporciona las medidas de diversidad familiar) pero participa del espíritu liberal popular en que sobre todo tiene un enfoque utilitario de la familia.

Ninguno de los dos partidos mayoritarios, aunque se acerca más el Partido Popular, trabaja con la familia como un actor cívico y cultural de primera magnitud. La familia siempre es receptora pasiva de beneficios. Y la imagen que de la familia se infiere de sus políticas es el reflejo de sus motivaciones políticas: la familia es un recurso útil para el sostenimiento del Estado de bienestar. Esta doctrina recursista de lo familiar, más atenuada en el programa popular, no acaba de dar a la familia el papel que le corresponde en la esfera pública. Un papel que sobre todo tiene que comprenderla como una agencia de la sociedad civil, extremadamente numeroso y con una estructura particular que requerirá ingeniosos modos de poder trabajar con su actividad (una reforma informacional de las políticas de familia) en los distintos ámbitos sociales como la educación (por cierto que el partido socialista le dio un papel participativo a la familia que luego no tuvo continuidad en una lógica coherente con otras políticas), la sanidad o el derecho laboral, por poner ejemplos; y también la agencia cultural de mayor magnitud que debe ser promovida con una política asociativa (existe un bajo asociacionismo sectorial en materia de familia y excesivamente ligado al mundo conservador: es necesario pluralizar dicha matriz asociativa), formativa (la colaboración de los centros de salud, el vecinalismo, las parroquias y los centros escolares serían las claves) y de solidaridad y consumo mucho más relacionada con el fenómeno de familia.

En el lenguaje de Giddens, las políticas de familia vigentes (en las elecciones de 2004 se ha llegado a la mejor formulación de la democracia en materia de familia y todavía es insuficiente) están ancladas en las políticas de emancipación y no han llegado a constituir políticas de vida. Efectivamente, falta una reforma cívico-cultural de las políticas de familia, una política cultural de familia que potencia la familia que vaya más allá de una red de funciones: sea

una comunidad de creación cultural. Precisamente por la crucialidad y penetración de la fraternidad, la conyugalidad y la filiación en el espíritu humano creemos que es el pilar de la innovación y el progreso de la sociedad.